

CRONICA DE SALAMANCA,

Revista de Ciencias, Literatura y Artes.

EL SIGLO.

Si se medita sobre los acontecimientos que ocurren cada día y se los compara con los que ocurrieron en los pasados siglos, se encuentra á primera vista, en los actuales, una marcada tendencia á difundirse y generalizarse, á interesar y á comprometer á todos los pueblos y naciones; viniendo á prestarles esa misma universalidad y trascendencia gigantescas proporciones, cierto grandor que los hace imponentes, formidables á las veces y siempre eminentemente sociales. Ya la historia particular y general desaparece, como incompleta y pálida de interés, ante la historia universal. La historia de las naciones cede su puesto á la historia del linaje humano. Ya el derecho en sus fases todas no basta que sea europeo sino que ha de ser universal, cosmopolita, aplicable á todos los individuos y naciones; y como tal, fundamentalmente racional y humanitario. Porque no hay punto de la tierra conocida y poblada que no sea hoy visitado por los sabios ó por los mercaderes de todas las naciones del mundo; en busca los unos de novedades y datos para ilustrar las ciencias y las artes, y buscando los otros también nuevos veneros de riqueza con que alimentar las industrias y el comercio, y pasto y aliciente para las necesidades insaciables del hombre en su, hoy mas que nunca, anhelosa marcha sobre la haz de la tierra. El cosmopolitismo con los veloces vapores que surcan y pueblan de ciudades movientes la inmensidad de los mares, y con las rápidas locomotoras que hienden los montes y saltan los abismos, cunde: y esa tendencia hácia la armonía y trato universal de las naciones, hija sin duda de la mayor estension y generalidad de la ciencia y universalidad del comercio, dando á los acontecimientos ese caracter de gravedad y trascendencia, no puede consentir que haya autocracias ni soberanías, ni doctrinas arbitra-

rias en religion, en política ni en la ciencia, que, si antes no, hoy perturban y comprometen la paz y sosegada marcha, no ya de una nacion ó continente, sino de todas las naciones y de todos los continentes juntos. Porque la vida tiene hoy una solidaridad universal admirable. Hoy es fuerza que todos entremos en razon, porque se quiere que vivamos todos con todos y para todos: y si alguno se empeñare en no reconocer la fuerza de la razon, vendrá la razon de la fuerza á obligarle, vendrá la guerra; pero no una guerra insignificante de pueblo á pueblo, sino siempre una guerra general, espantable; como la que está amenazando al mundo de algunos años á esta parte y que llegará de seguro si, como es probable, no logramos entendernos razonablemente en las grayísimas cuestiones que agitan á todo el orbe.

Los acontecimientos de Italia y mas particularmente los de Siria, me han sugerido estas reflexiones generales, que no dejan de verse confirmadas por el estado lamentable de anarquía en que ha tiempo viven en las dos américas, y por las grandes dificultades que acá en Europa encuentra la paz para hallar asiento.

Ciertamente que ninguno puede calificar las crueles matanzas de los cristianos en la Siria, sino como actos vandálicos ejecutados con inhumana insólita barbarie, y hasta con furioso lujo de encarnizamiento. Parece como que las dilatadas regiones del Oriente pobladas, por las en otro tiempo, belicosas naciones que adoran al profeta, hoy abyectas y degradadas, en la rabia y desesperacion de su caida, desafian y provocan al rico, al culto y poderoso Occidente que sigue al Salvador, al Maestro de la verdad y de la vida, al filósofo profundo y sin par, al moralista estupendo, al mismo Dios. No parece sino que aprovechándose del lastimoso estado de soliviantamiento, dislocacion é inseguridad de los imperios occidentales, de la profunda division de los cristianos y de las tribulaciones de la Iglesia Católica, la Meca desafía á Roma, el Coran al Evangelio, Mahoma á Jesucristo y el error á la verdad. Terrible desafio, provocacion tremenda que ha de traer sobre la tierra muchos dias de luto y de desolacion. Pero desafio Providencial, yo creo, grandemente saludable para la civilizacion, para la difusion y asentamiento de las verdaderas doctrinas. ¡Bella!! ¡hórrida bella!! ¿Cómo es que en pleno siglo diez y nueve, en el siglo que se apellida de la luz, de la razonable discusion, de la filantropía, de la urbanidad y cortesanía, osais presentaros en la arena, turbar nuestro brillante y seductor progreso y manchar con sangre la púrpura de nuestra lujosa y encantadora civilizacion? ¿Cómo será que podais dejar algo de bueno en pos de vuestra huella esterminadora, entre los pueblos y gentes adonde haceis vuestras sangrientas y terribles correrias? ¿Será acaso porque la armonía y el orden, la verdad y el bien sean tan caros y preciosos que no puedan lograrse, sino á trueque de como purificadores rios de sangre? Dolorosa verdad confirmada con repeticion en la historia, y que amenazando ahora repetirse una vez mas, con formidables aparatos de destruccion y de muerte cuales nunca se conocieron ni emplearon, trae á los pueblos en continua alarma, en

constante revolucion, ya bulliciosa y agresiva ó ya latente y en perdurable desasosiego. No de otra manera de como sucede que, en un gran concurso de gentes que asiste á un espectáculo público, cada cual se agita, va, viene, vuelve y se revuelve acá y acullá en todas direcciones en medio de la multitud apiñada en confuso movimiento, buscando el mejor punto de vista para disfrutar del espectáculo; así sucede á los individuos en el concurso universal de las naciones que asisten al grandioso espectáculo de la civilizacion moderna. Nadie sabe á que atenerse, ni por donde ha de dirigirse para realizar sus vagos deseos, sino por su particular bueno ó malo criterio; viniendo á suceder que cada cual se encuentra solo en medio de este oceano de gentes. Nada nos satisface. «No está aquí» «mas allá» «mas allá!!» es el grito de todos. Y todos marchamos sin saber por donde ni adonde vamos, y sin que podamos detenernos, buscando anhelosamente, pero en vano, *nuestro asiento*: que como ciertamente *no está aquí*, ninguno le halló, ni le ha de hallar en este deslumbrador espectáculo del mundo.

Tal está hoy el siglo. Y la prensa que nos lo pinta así todos los dias, no nos permite ignorarlo. Todos estamos presenciando con ansiedad suma los actuales sucesos de la sangrienta representacion que ha comenzado, en uno y otro hemisferio, de un episodio acaso el mas terrible, por lo fundamental de sus personajes y argumento y por la universalidad de su trascendencia, del drama gigantesco de la civilizacion del mundo. Las conveniencias se han puesto de frente contra la justicia, la razon insinuante y política contra la razon del derecho, la libertad y el criterio individuales contra la autoridad y la tradicion, la barbarie oriental contra la cultura del occidente; encargándose en todas partes la fuerza, la desolacion y la muerte (¡terrible tribunal!) de dirimir la contienda. Y como los principios, las verdades y los derechos mas sagrados se desconocen y atropellan, las soberanias y las potestades temen, los pueblos todos se agitan, se anuncian alianzas formidables, y todo parece que amenaza un cataclismo universal. Los políticos han perdido la meta hácia donde habian de dirigir la nave del gobierno de las naciones, y navegando va á la ventura sin derrotero y sin destino fijos. Los diplomáticos tampoco son mas diestros que acierten á desatar la nudosa trama de peregrinos y pasmosos acontecimientos en la cual se ven envueltos, y en vano registran una y otra vez sus protocolos, la historia y los códigos de su gran ciencia. Y los filósofos, en fin, la hermosa luz del puerto salvador en sus precursores escritos, han hallado y nos muestran sí, con la muchedumbre de sus sistemas y opiniones, la oscuridad del escepticismo y el puerto de la desesperacion y de la duda. Ningun principio, ningun sistema puede gloriarse de superioridad ó de mayor séquito sobre los demas; y mucho menos de la posesion pacífica ni del mundo de la ciencia ni del mundo del poder. El escalpelo del libre examen todo lo ha deshecho, pretendiendo purificarlo y refundirlo todo á la luz de la razon en el crisol de la propia esperiencia: y los prodigiosos

y frecuentes resultados que en las ciencias físicas alcanza, le alientan, le hinchan y ensoberbecen para que pretenda dominar arrogante, y ya que no pueda niegue, el mundo superior y misterioso del espíritu.

¿De dónde ha de venir el remedio? Vanos serian, y lo son en efecto, los mas poderosos esfuerzos de la inteligencia para poder como adivinar y predecir el futuro, en medio de la confusion é incertidumbre que reina en todo. La razon y la lógica no pueden quedar en la empresa sino completamente desairadas: y en esta grande elaboracion y confuso amasamiento de todo, que es uno de los caracteres distintivos de este gran siglo, la experiencia, el desengaño hoy mas facil por la rapidéz con que marchan los acontecimientos, y el buen sentido del humano linage no harán poco; pero solamente la Providencia puede ser nuestra única segura esperanza de remedio. Sí, la Providencia que está velando siempre en todos los momentos y hasta el fin de los siglos por su criatura predilecta; viéndose que por medio de una altísima pero casi incomprendible intervencion, compatible con el libre alvedrio del hombre por medio del cual éste se pierde ó se glorifica, la Providencia prepara, permite y eslabona los acontecimientos del mundo, encaminándolos siempre bondadosa á los mejores y mas provechosos fines del hombre; muchas veces por medios harto dolorosos y que llenan á las gentes de tribulacion y de terror. Por medio de la contradiccion y de la guerra! Porque la tolerancia, el prudente indiferentismo, la fraternidad y buena voluntad de todos para con todos... ¿cómo es posible que pacíficamente se compadezcan y concierten con la infinita variedad de criterios, de opiniones, de creencias, y mas que todo, con el egoismo individual que hoy existen, se cruzan, se tratan y se chocan hoy á cada paso mas que nunca, en todos los momentos entre todos los hombres y en todas las zonas y paises? ¿Cómo la religion ha de poder mostrarse en paz tolerante, indiferente y hermana de la irreligion y del ateismo? ¿Cómo la autoridad con el libre alvedrio desenfrenado? ¿Cómo la moral con el descarado y frio cinismo de las conciencias y con las liviandades de las licenciosas costumbres? ¿Y cómo, en fin, el sentimiento del divino y sacrosanto amor de la familia se mostrará en paz tolerante, indiferente y hermano del sentimiento de irreverencia, de ingratitud y de egoismo que atenta contra la misma familia? Jamás. Podrá y deberá mediar tolerancia, caridad y amor entre las personas, y así nos lo enseña el Salvador; pero la verdad, la virtud y el bien, no pueden transigir ni un punto con el error, con el vicio y con el mal. El antagonismo, la guerra es y ha sido necesaria y perdurable; sin que vislumbremos la posibilidad siquiera de una paz universal que algunos publicistas han soñado: porque la naturaleza esencial del hombre no varia, ni logrará jamás echar de si las maldades y tiranias de sus muy ingeniosas pasiones. Pero efecto de nuestra mayor publicidad, comunicacion, trato y solidaridad de la vida, á la par que hoy se presenta esta guerra con caracter mas alarmante y tremendo, lo hace tambien por ventura, á causa de ese mismo carácter de universalidad y cultura del siglo, con

mayores probabilidades y garantías de magníficos resultados para el bien y para el verdadero progreso del linaje humano?

Yo así lo creo, y me complace esta creencia. Y también creo que el siglo diez y nueve es grande, sí, muy grande; pero que no es el tranquilo goce de los resultados de su grandeza para las generaciones que en él viajan. Creo que es grande, y más que los grandes siglos que registra la historia; pero que desgraciadamente no ha sido ni puede ser pacífico á la par que es culto, como siglo de universal transición, apostolizador, si cupiere decirlo así; cuyo principal destino parece que es difundir por todo el mundo la herencia de los pasados, las buenas y las malas nuevas: para que después de una ruda y empeñadísima contienda, medio fatal y desdichadamente necesario, á fin de estirpar los errores, fanatismos, intereses bastardos y preocupaciones existentes en religion, en política, en moral y en las ciencias; contienda que se extenderá por todo el mundo, que para eso ha venido á ser hoy providencialmente como un solo punto, el bien y la verdad en indefectible triunfo se publiquen y se difundan, se enseñen, se profesen, se amen y practiquen por todos para bien de todos; y para mayor gloria del Supremo dispensador de todo bien, de toda verdad y de todo progreso, que será conocido y alabado en coro universal de imponderables alabanza y agradecimiento por todas las naciones de la tierra.

ANGEL CREHUET GUILLEN.

BREVE RESEÑA DE LAS CRUZADAS EN ORIENTE

Y SU INFLUJO SOBRE LA CIVILIZACION DE EUROPA.

(Continuacion.)

AUN cuando el ejército de los cristianos se había disminuido notablemente de resultas de los sitios, enfermedades, y penalidades de las marchas, todavía constaba de unos trescientos mil hombres para acometer á los sitiados, y hacer frente á las numerosas huestes que adelantaban contra ellos los príncipes turcos y el Sultan de Persia, cuyos socorros había ido á implorar el mismo Soliman con el fin de hacer más segura la defensa.

Es pasmosa la alternativa de flogedad y ardimiento que venia observándose en los cristianos durante sus largas marchas: unas veces la sola presencia de los enemigos enardecia su arrojo hasta el punto de lanzarse sobre ellos sin orden ni concierto, menospreciando las leyes de la guerra, tales como entonces se conocian: otras eran necesarias las provocaciones

mas irritantes para hacerles recordar su empresa, y arrancarles de un adormecimiento contrario al buen éxito de sus armas.

Esto último pasaba bajo los muros de Antioquia: hechos los preparativos de sitio, en lugar de no perder instante en las operaciones para hacerse dueños de la Ciudad antes de la llegada de los socorros, se abandonan al ocio, á los placeres, á la licencia; tras esto se relaja la disciplina, y una vergonzosa debilidad germina en todos los ánimos.

Los sitiados llegan á apercibirse, y explotan en beneficio propio tan vergonzoso abatimiento. Salen de la Ciudad en varias direcciones, y atacan denodadamente el campo. Sorprendidos los cruzados experimentan notables pérdidas, y aunque revuelven llenos de indignacion contra los antioquenos, reemplazando el ocio y la molicie con la actividad y el trabajo, fracasan todos sus esfuerzos contra los espesos muros de la Ciudad tras de los que se parapetan los mahometanos.

Por otra parte, las frecuentes correrías de los enemigos, y sus continuas devastaciones, les privaban de toda clase de alimentos, y las abundantes lluvias que sobrevinieron arruinaron todas las tiendas, dejándolos expuestos á las inclemencias del cielo. La peste hacia tambien sus víctimas diariamente.

Cundia el desmayo en las filas de los sitiadores, cuando un acaecimiento favorable vino á reanimarlos. Los enemigos en número de veinte y ocho mil se arrojan denodados contra el campo que mandaba Boemundo; pero este bravo príncipe que no se halla desprevenido, secundado por el intrépido Conde de Tolosa, á quien solo seguian setecientos caballos, carga á su vez contra ellos con tan desesperado esfuerzo que los derrota completamente alcanzando una brillante victoria.

En este tiempo envió el Soldan de Egipto sus embajadores á ofrecer el libre paso para Jerusalem á todo el que se sometiese á ir sin armas, pero fueron desechadas sus proposiciones.

Las operaciones del sitio continuaban con varia fortuna por una y otra parte; los cristianos iban sin embargo cobrando algun ascendiente, cuando vino á sorprenderlos la noticia de que el poderoso Sultan de Persia enviaba por fin á los sitiados numerosos refuerzos al mando de Kerbogá uno de sus mas famosos capitanes. Introdúcese el temor y el desaliento en las filas, y comenzaban ya á producir algunas deserciones, cuando un elevado ciudadano de Antioquia que se denominaba Pirro ó Phirons, hijo de padres cristianos, y cristiano tambien que habia abjurado sus creencias por la codicia de acrecentar su fortuna, ofrece la entrega de la Ciudad, siempre que se cediese el principado de ella á Boemundo con quien solo se entendería para realizarlo.

No pudo averiguarse si fué la sagacidad y codicia de aquel guerrero la que indujo al renegado á hacer la oferta, ó si este no llevó otro fin que el de acrecentar la gloria y fortuna del caudillo: la verdad es que la oferta fué admitida con sumo agrado por Boemundo. La proposicion no obstante,

sufrió encontrados pareceres, hasta que la inminencia del peligro aconsejó á todos aceptarla.

A la caída de la tarde del 3 de Junio de 1098 se apoderan los cruzados de las alturas exteriores y de la torre denominada de las tres hermanas, pasando á cuchillo á cuantos turcos la defendian, y en la madrugada del día siguiente entra todo el ejército en la Ciudad sin ninguna resistencia.

Horribles escenas de sangre y de desolacion se ofrecieron por todas partes. Una multitud de cadáveres cuajó bien pronto las plazas, las calles, y las casas. Nadie se libró del furor de los vencedores; hasta un hermano del mismo Phirons,—sino por este, como dice el arzobispo de Tiro,—fué muerto por los mismos cruzados. El Sultan Acciano no escapó tampoco á la matanza, apesar del disfráz á que habia apelado.

Llenos de júbilo los soldados de la Cruz por la posesion de una ciudad tan importante que les aproximaba al término de sus fatigas, se entregaban á todos los delirios que lleva en pos de sí una inesperada victoria, cuando Kervogá y sus falanges, se presentan amenazadores á la puerta de ella, resueltos á recobrarla, y á vengar la sangre del Sultan Acciano.

Los peregrinos que habian soltado la rienda á toda suerte de placeres y excesos, en medio de la abundancia que les rodeara al principio, no se cuidaron de abastecerse de provisiones para hacerse fuertes contra el hambre, si llegaban á su vez á ser sitiados: así fué que á los pocos días comenzaron á sentir todos los horrores de aquella. Diezmado el ejército por tan terrible azote se abatió y aniquiló hasta tal punto que unos se evadian de la Ciudad y abandonaban sus banderas, otros se entregaban á los enemigos, y los mas se negaban á batirse siendo preciso á Boemundo incendiar las casas para obligarles á pelear.

Necesario fué un influjo sobrehumano, para producir la reaccion en ánimos tan desalentados. Dos eclesiásticos Esteban y Pedro se presentaron á los gefes de la Cruzada manifestando el primero habersele aparecido Jesucristo á ofrecer socorro á los cristianos por la intercesion de su Santísima Madre, siempre que se convirtiesen de sus extravíos dentro de cinco días; y el otro asegurando que S. Andrés le habia indicado el lugar donde se hallaba oculto el hierro de la lanza con que fué herido el costado del Redentor del mundo, prometiéndole que aquel sagrado hierro seria prenda segura de victoria, si se arrepentian de sus delitos.—Practicáanse al punto escavaciones en el sitio designado y realmente se encuentra un hierro de lanza, en el que todos creen reconocer el que penetró el santo costado. Los soldados se entregan á actos de oracion y de penitencia, y recobrado el entusiasmo que tantas veces les habia hecho invencibles, se disponen al combate.

Al amanecer del día 28 de Junio de 1098, divididas las tropas en seis cuerpos ó secciones de infantería, sostenidas por otras tantas de caballería, precedidas del hierro de la lanza que era llevado por el obispo Adhemar, y prorrumpiendo en el magnético grito de «*Dios lo quiere,*» salen vigorosa-

mente de la Ciudad, y se arrojan en medio de los enemigos cuya estupefaccion llega á su colmo al ver tanta bravura.

En vano el bizarro Kerbogá hace prodigios de valor y de actividad, secundado admirablemente por los famosos capitanes que mandaban sus tropas; el irresistible empuje de los cristianos, todo lo rompe, todo lo desordena. Si algunos prolongan su resistencia como el poderoso y terrible turco Kariet, es para hacer mas afrentosa su derrota, porque la espada de Hugo el grande no encuentra nada fuera de su alcance.

Pronúnciase en derrota el enemigo, y dejando el campo cubierto con cien mil cadáveres, huye á ocultar su vergüenza, y á llorar sus pérdidas en el seno de las montañas.

Con la paz vuelve á renacer entre los cruzados el espíritu de rivalidad y de discordia. Los príncipes Boemundo de Tarento y Raymundo de Tolosa contienden con tal acritud sobre la posesion de ciertos puntos conquistados, que están próximos á manchar sus gloriosos hechos de armas, lanzando sus respectivos soldados los unos contra los otros. Cansados los de Tolosa con tan infructuosas enemistades, se sublevan contra él, y le amenazan con sustituirle por otro que les conduzca inmediatamente á la ciudad santa; visto lo cual resuelve el Consejo de Capitanes emprender sin demora la marcha, como lo verifican el dia 3 de Enero de 1099.

Los repetidos triunfos adquiridos por los guerreros de la Cruz contra los turcos, persas y árabes, habian esparcido el terror en toda la Siria, la Fenicia y la Palestina, siendo esto causa de que en todos los paises por donde atravesaban con sus armas vencedoras, les saliesen multitud de embajadores al encuentro ofreciéndoles amistad, sumision, víveres, presentes y tributos de parte de los gobernadores de las plazas.

De esta manera adelantaban en su marcha sin accidente notable, si se exceptúa la toma de la Ciudad de Tortosa, conocida antiguamente con el nombre de Antasada, hermosa poblacion situada á orillas del mar que se rindió á los esfuerzos de Raymundo de Turena.

Durante el sitio de Antioquia habian los Cruzados despachado una embajada al Soldan de Egipto, para concluir con él la alianza que solicitara; por su parte se obligaban á reconquistarle las plazas que le habian sido arrebatadas por los turcos, exigiéndole la cooperacion de sus armas para la conquista de Jerusalem.

Informado el Soldan de la derrota de Kerbogá concibe esperanzas de realizar con solas sus fuerzas cuanto le ofrecen los cristianos, y desentendiéndose de su iniciado compromiso, introduce un formidable ejército en la Palestina y se apodera no solo de sus anteriores dominios, sino hasta de los mismos Santos lugares de donde logra arrojar á los mahometanos. Entonces invita á los peregrinos á pasar á Jerusalem á adorar las Santas reliquias, siempre que lo hagan desarmados y en número cada vez, de doscientas ó trescientas personas.

Los Cruzados se indignan á tal noticia, y desechan con el mayor des-

precio oferta semejante intimándole que marchan á apoderarse de la Ciudad. Despues de haber cruzado los estensos territorios de Baruth, Sidon, Tiro y Sida, llega el ejército á acampar en la fértil y poética llanura de Tolemaida—despues S. Juan de Acre—cuyo Emir negocia con él, y aunque falsamente, promete á los príncipes si triunfan, reconocerles por soberanos. Desde allí pasa finalmente á Cusmaus, distante dos leguas y media de la Ciudad Santa, descubre sus torres, y se postra unánime y conmovido á la vista de tan codiciado objeto.

El Soldan que aguardaba á tan terribles huéspedes no habia omitido medio de hacer mas segura su defensa. Reparaciones en las murallas, provisiones inmensas, y una fuerte guarnicion de sesenta mil hombres, eran los mejores medios de acreditar que la prevision no le habia abandonado.

Los Cruzados por su parte veian concretado á veinte mil peones, y mil quinientos ginetes el prodigioso número de sus huestes. A tal estado los habian reducido tan imponderables fatigas y penalidades; pero el ardor y la bravura suplían al número.

Para no prolongar el sitio tanto como en Antioquia, acuerdan asaltar la plaza al quinto dia de su llegada—12 de Julio de 1099—y comienzan los prodigios de valor, los asombrosos hechos de armas que la pluma es impotente á describir.

Ya habian derribado la antemuralla que circundaba la Ciudad, cuando conocen que un arrojo y temeridad imprudente aniquila sus fuerzas, sin obtener el resultado apetecido. Cejan para poner en juego otros medios que ausilien la pujanza de sus brazos: construyen máquinas de madera para batir los muros.

Entre tanto una sed abrasadora aclaraba sus filas, apoderándose de ellas el desaliento. Imploran los auxilios del cielo, y la vigorosa é insinuante voz de Pedro el Ermitaño se deja oír de nuevo exhortándolos á confiar en Aquel por cuya memoria lo han arrostrado todo.

Reanimados poderosamente se renueva el ataque el dia 13, sirviéndose, entre otras máquinas, de tres grandes torres de madera que dominaban las murallas. Incansables sitiadores y sitiados lo prolongan con ardor indecible en todo él y en el siguiente, logrando los primeros derribar parte del muro interior, estimulados por la intrepidez de sus caudillos á quienes se distingue siempre en los sitios mas peligrosos de los castillos y máquinas.

Pero la desesperacion dá fuerzas á los enemigos; á los tres formidables castillos, oponen catorce enormes máquinas, con las que arrojan grandes peñas que aplastan á cuantos alcanzan. Las armas arrojadizas y los proyectiles oscurecen el cielo hasta que viene la noche á poner una tregua á tan terribles combatientes.

Asoma el dia 15 y con él reaparecen las escenas de horror y de sangre; los Cristianos recurrian ya á los últimos esfuerzos porque su valor y sus fuerzas se agotaban, veíanse próximos á desfallecer, pero los incansables Godofredo y Raimundo cuya imaginacion se exalta mas y mas con la im-

minencia del peligro, gritan de súbito que el cielo viene en su ayuda, y logrando enardecer nuevamente á sus soldados se arrojan con frenético ardor á la lucha. Por último Godofredo intenta un postrero y terrible medio de espugnacion, el de dar fuego á las trincheras de los sitiados que para disminuir la fuerza de los proyectiles, habian sido cubiertos con sacas de paja y heno, lienzos, colchones, y otras materias fáciles de incendiar. Secundado el incendio por un fuerte viento que soplabá en direccion opuesta á la Ciudad, bien pronto los que defendian las murallas ahogados por el humo, tienen que desampararlas; entonces los sitiadores, hechando los puentes levadizos de las torres se precipitan dentro de ella precedidos de sus valientes caudillos que todo lo allanan y desembarazan con sus armas. Corren á abrir la puerta de Damasco por la que penetra el resto del ejército á las tres de la tarde de dicho dia viernes 15 de Julio, precisamente á la misma hora en que espiró el Redentor del mundo. ¡Brillantísima victoria, sino hubiera sido empañada por el degüello de setenta mil personas, y por todo linage de horrores y crueldades.

Vuelan los peregrinos al Santo sepulcro, y deponiendo su furor, hundidas las frentes en el polvo, imploran de Dios el perdon de sus culpas, derramando lágrimas ardientes de devocion y de piadosa ternura. Acababan de consumir su obra, dos largos años de increíbles penalidades, y de desastres sin cuento, habian sido por fin recompensados con la posesion de unos lugares que tanto habian ambicionado.

Con la conquista de la Ciudad Santa, y la eleccion de Godofredo para ocupar el restaurado trono de David, terminó la primera Cruzada; dando la vuelta á sus hogares todos aquellos famosos adalides en quienes podian mas los gratos recuerdos de su patria y de sus Castillos, que los alhagos de la ambicion y los riesgos de las aventuras en los remotos países del oriente. De los innumerables guerreros que digimos habian emprendido una peregrinacion tan penosa, solo unos diez mil volvieron á Europa; los restantes, si se exceptuan algunos, muy pocos que quedaron en Jerusalem con Godofredo, en Trípoli con Raimundo, en Edesa con Balduino, y en Antioquia con Boemundo, habian señalado con sus cadáveres el camino de la espedicion. Pedro el Ermitaño halló el descanso á sus penosas fatigas en el convento de Huy junto al Mosa donde concluyó su vida olvidado de todos.

La importancia de esta primera cruzada, relativamente á los destinos de la Europa, ha hecho que nos hayamos estendido en ella mas de lo que consienten los límites de este escrito; pero como queremos que nos sirva de fundamento para el resto de nuestro trabajo, en un segundo artículo no haremos mas que bosquejar á grandes rasgos las causas y acaecimientos mas notables de la segunda y tercera, terminando con esponer las consecuencias que sobrevinieron á tan grandes y memorables sucesos.

RAMON SEGOVIA.

ESCENAS DE LA EDAD MEDIA.

ROMANCE EN FABLA ANTIGA.

VOLVERÁ?

II.

Ya van pasadas diez lunas
E non torna el caballero;
La su nieña bien querida
Mientras; ¡ay! se va moriendo.

Azuçenica nasciente
Faltóle el su jardinero
E desfallesçe de angustia
Cabe el su tallo materno.

Leche con lágrimas mixta

Tomára por alimento,
E tuvo fiebre por ende;

Ca era yantar mucho açervo.

—Coitado padre! ¿non vuelas

A donarla el postrer beso?

Non te açuies por vitorias;

Non cures del vencimiento:

¡Guay! que del tu luçerico

La luçe se va estinguendo

E si açuioso non llegas,

Non la verádes mas tiempo!

—Ay! á lidiar cuenta moros

Partióse el buen caballero

E corrieron luengos dias

Sin que tornára al castiello.

Nuevas la esposa demanda

A donçeles e á guerreros;

Nuevas demanda llorosa;

Todos diçen: «non sabemos.....

En la frontera, allá lueñe

Diz que unos moros cueieron

A una hueste leonesa
Que los fuera persiguiendo....
A questo solo responden
A la su esposa, e a questo
Non fina su luenga coita;
Mas acrece sus lamientos.
Alli está; á par de su fija
La su fas marchita viendo,
Aquella fas do antes eran
Toda su dicha é su cielo.
Alli está.... la mano posa
Sobre el tierneçico seno
Los latidos con la vida
Que se le escapen temiendo.

—¡Pobre madre! ¡porqué fincas
En la finiestra de pechos....?
Non mires pora la sierra,
Que non verás al guerrero!
¡Pobre madre! de tu fija,
La vida va fenesciendo
E non verná, non, su padre
A donarla el postrer beso!!

(Se continuará.)

MIGUEL VELASCO.

LA FUENTE DE LOS ROSALES.

CUENTO.

CAPITULO VI.

Es el cuerpo del hombre, cuando Dios quiere que desaparezca de esta tierra de miserias, como frágil caña que se rompe pronto á impulsos del vendabal mas ligero.

El tio Pedro pasó desasosegadamente la noche: la enfermedad cebose en él de una manera horrible y por la mañana todos conocían en la casa que el enfermo se moria.

La tia Manuela fué llorando á despertar á la niña, la cual, se habia acostado muy tarde y con la idea de que el tio Pedro estaba malo.

—Qué tienes, Manuela? dijo Maria al momento que la vió, porqué lloras?

—Mi hombre se muere hija, quién buscará á tu papá!

—Es verdad, contestó la niña, quedando pensativa por un instante.

Pero no se morirá, no: añadió queriendo sonreír, Dios mio, que no se muera!

—La tia Manuela la dió un beso y continuó diciendo:

—No tiene ya remedio! pobre de mi!... Maria... yo quisiera pedirte una cosa... y me dá no se qué..., vergüenza...

—Vergüenza! exclamó la niña... no tengas vergüenza, no. Dime... dime lo que quieres.

—Mira, hija mia, cuando aquel hombre te dejó en la choza, dejó tambien una bolsa con dinero, para poder buscar á tu papá. Ese dinero es tuyo: nadie puede disponer de él, sino tú, y si quisieras prestarme un poco... me harías un gran favor... por que... no tengo para pagar las medicinas que ha tomado y tiene que tomar Pedro... ¡Ay! Virgen Santa! y si se muere no tendré...

—No te aflijas por eso, dijo interrumpiéndola Maria, gasta ese dinero... gástalo todo Manuela, verás como aun sin él, si Dios quiere, encontramos á papá. Mira... me enfado si no lo gastas...

—Yo te lo devolveré, hijita mia, en cuanto pueda... yo te lo devolveré. Las dos se abrazaron, y la tia Manuela salió en seguida del cuarto, dejando ya casi vestida á Maria

Pocas horas despues el enfermo estaba desahuciado, pero conservaba todo su conocimiento. Hallábase en aquel instante triste y solemne, en que apareciéndose la misma muerte, notifica que la vida va á cesar, que va á dejarse el mundo para siempre. Momento terrible para el incrédulo y para el impío, los cuales no pudiendo vencer al enemigo que los ataca, se desesperan en tan tremenda y porfiada lucha. Momento sublime para el que, teniendo fé en su corazon, espera, y vé llegar la hora del cumplimiento de las eternas promesas, y busca piadoso en la misericordia de Dios, perdon para tantos pecados, gracia para tantas innumerables faltas, con las que, ha manchado las blancas hojas del libro de su vida.

El tio Pedro que creia en Dios y en todo lo que cree y confiesa su santa Iglesia, que en Dios esperaba y á Dios amaba, llegado aquel supremo trance se dispuso á morir como buen cristiano. El señor Cura estuvo con él largo rato y le preparó para recibir por la tarde la sagrada Comunión.

Poco antes de la hora señalada para este importantísimo y solemne acto, Maria, pudo lograr que la dejaran ver al enfermo. Corrió á la cama y sin detenerse dió un beso en la frente al tio Pedro

Este hizo un extraordinario esfuerzo por sonreirse y hablar, y al fin con gran trabajo y congojosa voz.

—Hija mia, dijo, me muero.... Dios le conceda á tu padre el placer que ahora acabas de darme. No te olvides de mi muger y de mis hijos... Adios...

Maria le dió otro beso, pronunció un adios entre suspiros y llanto y salió de la estancia.

Llegó la hora, á la cual, la augusta ceremonia habia de verificarse, y poco despues entró el Párroco con el Santo Viático acompañado de mucha gente con luces. Maria estuvo presenciándolo todo con gran devocion y luego que se concluyó y cuando ya el señor Cura estaba de vuelta de la Iglesia en la casa, la llevaron á la del señor Cura, en donde habria de permanecer hasta que, otra cosa se determinara.

Poco tiempo después, conociendo el tío Pedro que su fin se acercaba, llamó á su muger y á sus hijos y se despidió tiernísimamente de estas caras prendas de su corazón. Presenció conmovido el señor Cura, esta última despedida, y procuró calmar el acerbo dolor que á todos aquejaba. El tío Pedro pidió al Párroco, y este dióle al instante, la Extremauncion y luego desasiéndose de los vínculos que le unian al mundo, trató solamente de implorar perdon de Dios y hacer amorosos actos confiando en su divina misericordia, en todo lo cual le ayudaba el buen sacerdote lleno de uncion y caridad.

El señor Cura advirtió á la familia el peligro en que se hallaba el enfermo, conociendo que dentro de poco espiraria, cuyo juicio confirmó el Cirujano, que á la sazón se hallaba allí, y el cual intentó en vano separar de la cabecera de la cama del paciente, á la tia Manuela, la cual traspasada de dolor queria recibir de su marido la mirada postrera.

Cuando el señor Cura conoció que el tío Pedro iba á espirar, principió á decir esas oraciones de despedida que, nuestra amorosa madre la Iglesia, tiene para las almas que se van. El tío Pedro daba señales de percibir las, pero sus ojos iban perdiendo su brillo, grandes surcos violados oscurecian sus mejillas y una palidez sombría cubria su rostro. El Sacerdote pronunciaba las palabras *Jesus, Jesus, Jesus, recíbate Dios Padre, recíbate Dios Hijo, recíbate Dios Espiritu-Santo...* y el enfermo estaba agonizando. Poco despues el Sacerdote habia concluido; el tío Pedro habia espirado. El Párroco dijo en seguida el responso encomendándolo á Dios, y fué luego á auxiliar á la viuda, la cual, sacada del cuarto no muchos momentos antes y agobiada con el dolor mas profundo, le lamentaba grandemente de su desgracia.

JUAN ORTIZ GALLARDO.

MARIA CRISTINA, REINA DE NÁPOLES.

(Continuacion.)

María Cristina nació en Cagliari el 14 de Noviembre de 1812, siendo sus padres Victor Manuel, rey de Cerdeña y María Teresa, Archiduquesa de Austria.

Fué bautizada en el dia siguiente al de su nacimiento siendo padrinos sus tios LL. AA. RR. Carlos Felix y Maria Cristina, de quien recibió su nombre. Desde sus primeros años mostró ese encanto natural que la hizo objeto del cariño de la augusta familia y sobre todo de la reina Maria Teresa, su madre, muger de grande capacidad, de claro talento y de una piedad inagotable. La augusta niña se habia prendado en tales términos de su madre que era difícil separarla de ella: todas las noches queria que la acostase la Reina, y esto obligó mil veces á tan virtuosa señora á abandonar la corte hasta en ocasiones solemnes y de etiqueta, para atender á este cuidado de madre. Habiendo caido enferma la niña Maria Cristina á los tres años de edad, no encontraba reposo mas que en los brazos de su madre, llorando amargamente cuando era necesario arrancarla de ellos.

Desde su primera infancia dió pruebas de un carácter dulce y tranquilo. Virtuosa sin esfuerzo, parecia que la virtud era un efecto ó como una consecuencia de su naturaleza misma. Las personas empleadas en la casa real y en especial sus hermanas con quienes vivia en continua intimidad, lejos de encontrarle defecto alguno, tuvieron que admirar en ella las mas bellas y relevantes cualidades. Veíanla sin cesar, radiante de paz y de alegría, arreglada en sus acciones, sumisa á los mandatos de la reina madre y á los de sus hermanos mayores, piadosa, siendo sus delicias las prácticas de la religion y afáble con todo el mundo. Sus hermanas decian con frecuencia: *Es un angel*. Y en efecto, su inocencia, el candor de su espíritu y la hermosura de su alma, eran cual las de un angel que bajo la forma humana se habia dignado habitar en la tierra; y sus hermanas gozaban con tan sublimes dones sin admirarlos demasiado, persuadidas de que el Señor le habia comunicado aquellas gracias al criarla.

Los reales esposos habian confiado su hija á dos ayas: Mme Bosio y Mme Mammelli, que debian remplazarse mutuamente para estar con ella dia por dia. María Cristina en una edad todavía muy tierna, amaba la oracion y encontraba el mayor placer en asistir á las solemnidades que se celebraban, no solamente en la capilla real, sino tambien en las demas iglesias de la córte. Tenia por costumbre la reina María Teresa, cuando quedó viuda y vivia en Genova, llevar consigo sus hijas á las festividades religiosas para que por medio de la magnificencia de los ritos sagrados y de los cánticos divinos, sumergiesen su alma en los placeres celestiales y tomasen aversion á los del mundo, echando de este modo en sí mismas los sólidos fundamentos de esa piedad que siempre las há distinguido. Cristina especialmente, recogia de estas prácticas los mas abundantes frutos. Tenia pasion, digámoslo así, por la devocion del rosario. En el palacio real se rezaba todos los dias de la cuaresma, pero bien pronto á fin de satisfacer los vivos deseos de Cristina, tuvieron que rezarlo con mas frecuencia, y al efecto, tocando ella misma una campanilla, corria por los departamentos de palacio, llamando al rosario las camaristas, azafatas y demas de la servidumbre.

El rey Victor Manuel, su padre, habia tambien introducido, para recreo de sus hijas, la piadosa costumbre de hacer un nacimiento para el dia de Navidad. Esto entretenia algunos meses á las augustas niñas, porque el profesor de dibujo debia ordenar las vistas, las perspectivas y diseñar con toda propiedad los vestidos de los pastores, de los magos y de las diversas figuras que rodeaban al divino Hijo de María. Y las princesas trabajaban por sus propias manos todas estas cosas que constituian su principal recreo. Escusado es decir el cuidado que Cristina tenia porque el cuadro inspirase los mayores sentimientos de fé y de piedad á las personas que debian visitarle. El hecho es que siguió con esta tierna distraccion, aun mucho tiempo despues de haber salido de la pubertad.

Cuando cumplió siete años, se pensó en disponerla, como se acostumbra entre las familias cristianas, para recibir el sacramento de la Penitencia. Pero llegaba hasta tal punto su inocencia, que la Reina creyó mas prudente esperar otro año. La preparó é instruyó el R. P. Terzy, napolitano religioso, benedictino de la Congregacion del Monte Olivete, el cual, huyendo de Nápoles á Cerdeña, admitido en el palacio real de Gaeta el año de 1804, dió la

primera enseñanza á las augustas niñas, y fué nombrado más tarde director y padre espiritual de casi todos los miembros de dicha familia. Cristina se confesó con él la primera vez y no volvió á tener otro director hasta el momento de su muerte. Recibió en seguida, en los baños de Luca, la confirmación de manos del Rev. Mgr. el Arzobispo de Luca, y su hermana María Teresa, entonces duquesa allí reinante, que servía de madrina, le dió el nombre de Teresa. El P. Terzy la dispuso á la santa comunión, que tuvo la dicha de recibir, por primera vez, á la edad de doce años en compañía de todas las personas de la familia real. Desde entonces la Reina aconsejó á su hija que se acercase á la mesa eucarística una vez al mes, y Cristina siguió estrictamente este consejo, si bien hizo conocer á sus hermanas varias veces el deseo de dar á su alma con más frecuencia, este alimento divino. Pero era tal su docilidad, que se sometía en todo á los mandatos de su madre.

La dulce tranquilidad de su aspecto no permitía jamás que pudiera sospecharse: Cristina desea tal ó cual cosa. Mostraba, sin embargo, cierta inclinación por los bailes que se daban de tarde en tarde durante el carnaval, especialmente con motivo de las princesas á quienes gustaban en extremo. Pero ella tomaba esta diversion por un mero ejercicio corporal que reclamaba su naturaleza física, mientras que manifestaba cierta especie de indiferencia y acaso de tedio por el teatro. El retiro en su cuarto y el cultivo de las flores, eran sus distracciones favoritas. (Aqui la emperatriz de Austria ha añadido de su letra estas palabras: *Uno de sus principales goces, consistia en visitar los monasterios de religiosas.*)

Como la condicion de su nacimiento, y más todavía las tristes vicisitudes de los tiempos, la obligaron frecuentemente á cambiar de residencia con la familia real, Cristina aceptaba indiferente estos cambios. Dos sitios amaba solamente con predilección, pero en secreto, Génova y Roma. Si dejaba cualquiera de estas dos ciudades, al volver á ellas no podia absterse de verter abundantes lágrimas, cuando distinguia á lo lejos las elevadas torres y las cúpulas de sus iglesias: lágrimas que hacian correr sin duda su fé ardiente y el encanto que sentia en las pompas de las ceremonias y en los insignes monumentos de nuestra religion, de que tanto abunda Génova y sobre todo la capital del mundo cristiano.

Fácil es comprender cuanto amaria un alma tan inocente, esa virtud que constituye el más bello adorno de las hijas cristianas, la modestia. Cristina siempre procuró ser modesta, no solamente en sus palabras, en sus acciones, sino hasta en sus vestidos; apesar de que poseyó los mayores atractivos exteriores y de que su madre y toda la corte, enaltecian del mismo modo su alma que la belleza y las gracias de su cuerpo. Por un privilegio extraordinario del cielo, jamás conoció el dolor de los escrúpulos; sino que por el contrario, conversaba con todo el mundo mostrándose siempre alegre, afable y natural.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado,

J. MARCELIANO GONZALEZ,

Editor responsable José Alienza.

Salamanca, 1860.—Imprenta del mismo, calle de la Rua, número 45.